

El periplo de un ojo

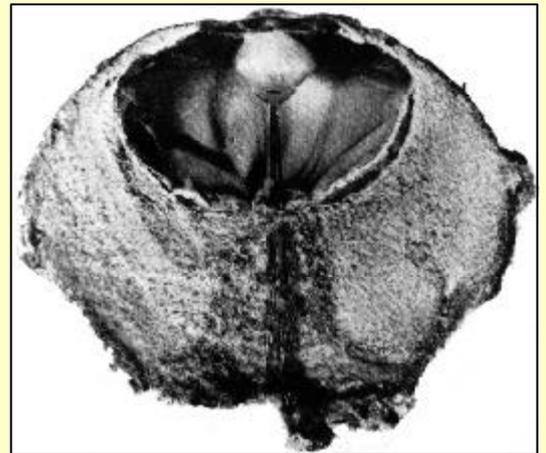
A. Arruga

En cincuenta años de práctica oftalmológica, el ojo humano me ha deparado sinsabores y satisfacciones. Éstas últimas por el beneficio que un resultado exitoso significaría para el enfermo. Nunca (gracias a Dios) por el estúpido deleite petulante personal de creerse uno un hacha cuando una operación le salió de maravilla.

He sufrido por no pertenecer a la élite de los que, no dudo de que legítimamente, revelan porcentajes de éxitos bordeando el 100%. He sufrido al asomar el vítreo, herniarse el iris, al no formarse la cámara, constatar que parte de la retina aún *flotaba*, apachugar con una *dacrio* que sangraba lo indecible, la hipotonía e hipertonia posoperatoria y ¡horror, aquella expulsiva!...

Pero si el ojo humano me ha dado sustos, producido ansiedad y causado horas de insomnio, ninguno me acarreó tanto ajeteo como aquel ojo de ballena.

En una visita al *Institute*, Sir Stewart me mostró la extraordinaria colección de especímenes de ojos. Allí estaban representadas casi todas las especies, desde la pulga hasta el calamar gigante. Advertí que no estaba el ojo de ballena. Y (*mai n'hi ha prou de callar*) recordé que conocía un andaluz relacionado con una ballenera (ya desaparecida), entonces ubicada en Algeciras. Me brindé para un intento de conseguir el ojo del cetáceo. Pasados unos meses, recibí un enorme frasco (casi medio metro de alto y otro tanto de diámetro) con un ojo de dimensiones impresionantes. Para cerciorarme de que la mole estaba en buenas condiciones para proseguir el viaje, acudí al Profesor García Sánchez-Lucas, para pedirle consejo. Al ver Don Julio aquel espécimen soltó un ¡coño! como para sacarle los colores al mismísimo Teniente Coronel Tejero. Don Julio comprobó que el



globo estaba en perfectas condiciones para el envío. Y ahí empezó, por lo menos por lo que me afectaba, la parte más liada del periplo. Las compañías de líneas aéreas no admitieron el voluminoso envase de cristal con su contenido. Tendría que viajar por superficie. Ergo una frontera, el Canal, cuatro aduanas. Como "ojo de ballena" no figuraba en los capítulos arancelarios, lío en Portbou, lío en Cerbère, regreso del ojo. Resueltos los dos primeros, lío en Calais y lío en Dover. Finalmente, tras semanas de trajín, el ojo llegó a su destino. En 1980, durante mi última visita al *Institute* pude verlo en un lugar destacado. Y supe, con satisfacción, que *mi* ojo había batido un *récord*:

Se estima que el ojo del calamar gigante mide unos 38 centímetros. ¡El *mío* cuarenta!

Correspondencia:
Alfred Arruga
Santa Teresa, 15
08960 Sant Just Desvern
Barcelona